

FUEGO ENTRE LAS PIERNAS...

EL NUMERO DE PERSONAS ADICTAS AL SEXO VA EN AUMENTO, SEGUN SEÑALAN LOS ESPECIALISTAS, QUE COMPARAN A ESTOS ENFERMOS CON LOS DROGADICTOS O LOS LUDOPATAS

Viene de la página anterior

"Ver películas pornográficas no es un problema", afirma Luis Arzúen, sexólogo y psiquiatra de la capital grancanaria, "pero alquilarlas de quince en quince ya es preocupante. Lo mismo pasa si se solicitan los servicios de una prostituta. No ocurre nada. Pero si acudes tres veces en semana hay algo que no está bien y, además, te acabas arruinando. Eso precisamente te lleva entonces a buscar desconocidos o desconocidas para practicar sexo, así cada vez que tienes oportunidad, como una obsesión. Mantener relaciones sexuales es tu único interés. Como el fumador compulsivo, no puedes ni sabes parar y terminas introduciéndote poco a poco en un terreno desconocido que temes, pero del que no puedes salir".

Arzúen lleva más de quince años ejerciendo y reconoce que los casos de esta patología van en aumento. Aunque no le gusta generalizar, cree que son fruto de determinadas carencias afectivas, de una niñez y juventud repressiva, de falta de autoestima, y dice que se presenta en

personas de cualquier edad, desde empresarios a universitarios o amas de casa. "Y lo peor es que muchos no son conscientes de lo que les ocurre", añade.

Hay que dejar muy claro que los especialistas consultados consideran necesaria la actividad sexual, incluso defienden que haya más información entre los jóvenes y los no tan jóvenes, que todavía siguen un poco perdidos y condicionados. Defienden la libertad de la persona a vivir la sexualidad a su modo y la experiencia les lleva a asegurar que hay individuos más fogosos que otros, con más imaginación, con más fantasías cróticas o más promiscuos. Hasta aquí "todo va bien".

Pero cuando el acto sexual o la masturbación se presentan como pensamientos obstructivos, como una idea que no se puede quitar de la cabeza, cuando todo lo relacionado con el sexo es lo único importante en nuestra vida, aparece un serio problema que los especialistas asemejan al de una toxicomanía.

"Son personas que sólo quieren conseguir sexo. Los cocaínomanos sólo buscan cocaína y la droga de los sexoadictos

es el contacto físico con otro individuo", explica Gustavo Hernández, psicólogo grancanario especialmente concienciado con lo que se podría denominar como nuevas patologías. "Quienes padecen este trastorno presentan patrones comunes al ludópata o el alcohólico", añade.

TRASTORNO EMOCIONAL

Por su consulta han pasado ya varias personas buscando una solución a este "desequilibrio emocional". Y admite que en ocasiones lo que oye le deja helado.

Mujeres y hombres se le sinceran y confiesan que acuden casi a diario a los baños de algunos edificios públicos de la capital grancanaria o a una determinada zona del Puerto de Las Palmas y allí buscan. Dice que es un juego muy de miradas, de gestos. Observan a quienes, como ellos, parecen esperar algo o a alguien, sentados en un banco o dentro de su automóvil, en el aparcamiento, aguardando mientras se disimula pasando el tiempo a los cristales del coche... Sin mediar palabra aca-

UNA DROGA LLAMADA SEXO

M.F.A.

Su padre se quedó muy sorprendido cuando Marcos le dijo que estaba enganchado al sexo. "Bueno, hijo, hacer el amor con frecuencia no creo que sea un problema... Es más, diría que lo peligroso es no hacerlo. Eres joven, vives solo, tienes dinero... No te preocupes, que eso del sexo nos gusta a todos en mayor o menor medida. Aprovecha estos años", le contestó su progenitor con camaradería. Fue lo último que ese día le dijo, porque cuando este vecino de Las Palmas de Gran Canaria escuchó el relato del mayor de sus hijos, se quedó petrificado.

Marcos, evidentemente, no es el verdadero nombre del protagonista de esta historia. Pero eso es lo de menos, porque lo que usted va a leer es la historia de un grancanario de 35 años, licenciado universitario, con un buen trabajo en Madrid y una vida aparentemente normal, que un día de hace siete meses descubrió que su afición a practicar sexo no era normal, algo que después le confirmó un especialista.

A admitir eso que él ya sabía desde hacía tiempo le ayudó el comprobar que seis días después de cobrar su sueldo, en la cuenta corriente no había ni un duro. Todo se lo había gastado en prostitutas.

No era la primera vez que le ocurría. Cerca de 200.000 pesetas se esfumaban cada mes entre clubs de alterne y las casas privadas de algunas profesionales. Sin embargo, ese mes, además, tenía que pagar 100.000 pesetas a una prostituta con la que se veía tres o cuatro veces a la semana. Fueron tantas las ocasiones, que la confianza entre ambos propicio sexo a débito, es decir, mantenían relaciones y él pagaba otro día. Pero la chica se había can-

sado de esperar y amenazaba con aparecer en el trabajo de Marcos si no recibía ya su dinero.

Ni por el video club del barrio podía pasarse a pesar de ser uno de los mejores clientes; también les debía. Así que esa mañana, con mil y pico pesetas en el bolsillo, llamó al trabajo, dijo que no acudiría porque estaba enfermo y telefonó a casa. Necesitaba ayuda urgentemente.

Dos días después llegaba Marcos a Gran Canaria tras pedir un permiso en la oficina. Y en el trayecto desde el Aeropuerto a la ciudad, el joven se derrumbó ante su padre y su hermano. Esa obsesión que tenía por practicar sexo, les confesó, no quedaba en gastarse todo el dinero, sino que le había arrastrado a determinados lugares como parques o estaciones de tren, donde sabía que hombres y mujeres con la misma fogosidad sexual que él acudían para practicar sexo anónimo.

También les confesó la avanzada edad de esas compañeras esporádicas; que si no mantenían relaciones sexuales en el coche lo hacían en un parque a plena luz del día o en el baño de un bar; que no habían pasado ni cinco minutos y ya estaba pensando de nuevo dónde y con quién desahogarse; que había compartido cama con desconocidas sin pronunciar casi palabra; que se había quedado sin amigos porque sólo le interesaba el sexo. Estaba avergonzado, pero a la vez no podía dejar de hacerlo. Ya lo había intentado en varias ocasiones y fracasó.

Su vida era un completo caos dirigido desde la entropía. Y en casa de Marcos la familia le escuchaba, le observaban incrédulos, relacionando lo que oían con los problemas sufridos con otro hijo que era toxicómano.

Pronto supieron que casi se trataba de lo mismo. Marcos era



Un individuo entra a un 'sex-shop' de la calle Doctor Miguel Rosas de la capital grancanaria.

adicto al sexo. Y decimos era porqueafortunadamente, tras pasar una temporada en Gran Canaria, tiene las cosas un poco más claras y ha continuado con su vida. El psiquiatra que le está tratando le dijo que lo más importante es que hubiera pedido ayuda, que es un valiente. Ahora, Marcos admite que son varios los años que llevaba enganchado y recuerda entre risas, en la intimidad del hogar, junto a esos padres y hermanos que han sido importanti-

simos en su evolución, las locuras que llegó a hacer por echar un simple polvo. Y su madre, cosas de la vida, es la que más se ríe. Un hermano de Marcos bromea siempre diciendo que su padre todavía no ha recuperado la voz después de lo sucedido en el coche el día que llegó el mayor de sus hijos desde Madrid. "Yo sé que él no termina de comprender esta enfermedad y se ha asustado mucho porque creía estar preparado para todo", concluye.